

En Memoria

El año que no hace tanto terminó (2009) y el que se inició (2010) nos sorprendieron. La fluidez y el flujo de noticias fue avasallante. Tuvimos notas informativas de todo orden que de alguna forma, ocultaron la nota triste de tres intelectuales latinoamericanos (un venezolano y dos argentinos) que fallecieron.

*El primero de ellos fue el poeta, escritor y lingüista **Manuel Bermúdez** (venezolano). Murió el 15 de diciembre de 2008 y todavía recordamos sus lecciones y sus escritos entre los que destacan, para nuestro oficio de comunicadores, La ficción narrativa en radio y televisión. Manuel fue un hombre bueno y puro. Llegó a ser académico de la lengua, pero su preocupación fue siempre el lenguaje de los medios y, en particular, el de la radio y la televisión. El tema de las telenovelas fue su mayor interés y las entendió no sólo como estudioso, sino como espectador.*

*Un mes antes de la muerte de Manuel Bermúdez, un investigador y militante de las buenas causas se iba a comienzos de noviembre de 2009: **Aníbal Ford**. Hombre de múltiples intereses, fue político, escritor, académico, investigador y periodista. En este oficio se destacó por su fina escritura y su ironía para desnudar al poder, hecho que le valió estar algún tiempo preso. También se destacó como investigador; fue uno*

de los que iniciaron el campo de la investigación comunicacional en la región. Aníbal Ford inició, no sólo en Argentina, sino en América Latina, los primeros estudios y reflexiones sobre la relación de comunicación y cultura. Ya al final de su vida se dedicó a la acción editorial de donde surgieron proyectos de interés para la narrativa, el periodismo y la comunicología.

*Finalmente, otro argentino que vivió un buen tiempo entre nosotros, **Tomás Eloy Martínez** se fue a comienzos de este año, no sin antes dejarnos su huella intelectual en el periodismo y en la literatura. Supo entrelazar las técnicas del periodismo con la buena escritura, donde a veces se confundía el periodismo con la literatura y la literatura con el periodismo. Desde Venezuela contribuyó a la gestación de El Diario de Caracas que removié nuestro ejercicio periodístico. Se fue del país, pero no para quietarse, sino todo lo contrario, para sorprendernos con La novela de Perón y Santa Evita. Luego vendrían otras novelas, otros trabajos periodísticos y sus clases de literatura en Rutgers.*

A los tres les sorprendió la muerte. Valgan estas notas, de seguidas, como homenaje a la amistad, al oficio y a lo humano de cada uno de ellos que se expresó en sus trabajos y en sus conversaciones. En memoria.

“La curva del río lo imagina, la palabra lo nombra” Manuel Bermúdez

Hoy vi salir el sol con tristeza. A las cinco y media abrí el correo electrónico, y uno de los mensajes me llamó la atención. Era de mi muy querido amigo Alberto Hernández, poeta llanero radicado en Maracay, y el título era *El Negro Bermúdez*. El texto breve y conciso –llanero– decía “Hace rato se murió Manuel”, y la fecha y hora, martes 15 de diciembre de 2010, a las 8:28 de la noche.

De un golpe pasaron por mi mente casi cuarenta años de amistad. Nos conocimos en la que fue la última verdadera peña literaria de Caracas, *El Gusano de Luz*, la librería en la que oficiaban Freddy Cornejo y Néstor Tablante y Garrido, a donde me llevó a fines de 1970 Pedro Francisco Lizardo. Quedaba en un viejo edificio de La Candelaria, en la venida México, frente al Liceo Andrés Bello, y allí se reunían, especialmente los viernes, dos o tres generaciones de amantes de la literatura, desde Don Julio Garmendia hasta Roberto José Lovera De Sola, pasando por Augusto Germán Orihuela, Pedro Francisco Lizardo, Orlando Araujo, Alexis Márquez Rodríguez, Oscar Sambrano Urdaneta, Domingo Miliani y una veintena más, entre ellos yo, que estaba por cumplir treinta y un años y tenía una novela que estaba a punto de salir a la luz. Uno de los que más me llamó la atención entre todos fue Manuel, con su acento llanero, su picardía, su profundo conocimiento de la palabra y su genuina humildad que hacía parecer su erudición como lo más natural del mundo. De allí salió un sello editorial, *En la raya*, que entre otros publicó tres o cuatro años después mi tercer libro (*La región desapacible*), y amistades que han resistido el tiempo y el espacio.

A Manuel me lo encontraría en los escenarios más diversos, invariable, simpático, llanerazo, amable y discreto, y sobre todo, buen amigo. Más de una vez me llamó la atención el que dijera una disertación académica y profunda con acento apureño rajado. Sabía que era de origen

“

Como agradecemos a la vida los que pudimos conocerlo y disfrutar su amistad. La amistad de un hombre ejemplar, cuya vida nos permite comprobar por qué fue tan importante el llanero en la formación de la patria verdadera, aunque hoy en día otro llanero, que es la antítesis de Manuel Bermúdez, trate de dañarla.

”

muy humilde, y que había frecuentado en su Apure natal medios que rozaban la delincuencia común, y de allí salió a convertirse en un profesional de la palabra, en semiólogo y académico, autor de varios libros, como *Cecilio Acosta, un signo de su tiempo* (1984), *La ficción narrativa en radio y televisión* (1984) y *la Enciclopedia rústica de personajes insignificantes de Apure* (2007). Con el tiempo llegó a ser académico de la lengua, y no un simple académico, sino Secretario de la Academia, y entonces valía la pena oír sus convocatorias y sus lecturas de actas solemnes, dichas con su acento apureño intacto, incontaminado.

Porque eso fue Manuel, un hombre puro, que no se dejó contaminar por la ciudad tentadora e indigna. Un hombre digno por sobre todas las cosas. Mucho tiempo dedicó a tratar de mejorar el len-



guaje de la televisión, a instruir a quienes escribían telenovelas, a tratar de llenar por canales malos lo mucho de malo que hay en los medios masivos, y es algo que tarde o temprano el país entero tendrá que agradecer.

Como agradecemos a la vida los que pudimos conocerlo y disfrutar su amistad. La amistad de un hombre ejemplar, cuya vida nos permite comprobar por qué fue tan importante el llanero en la formación de la patria verdadera, aunque hoy en día otro llanero, que es la antítesis de Manuel Bermúdez, trate de dañarla. En verdad, la patria de Manuel, de Alberto Hernández, de los Delgado Estévez, de Alexis Márquez, de Víctor Mazzei y de tanto llanero bueno que anda por los horizontes, no la puede dañar nadie.

Eduardo Casanova

Tomás Eloy Martínez

Fue uno de los periodistas más sorprendentes de la lengua española. Para comprobarlo basta con leer en voz alta las primeras líneas de los trece textos que conforman *Lugar común la muerte*, mecanismo de relojería perfecto e irrepetible, que se convertiría en libro de culto para los reporteros de América Latina.

Tomás Eloy Martínez reescribió esos reportajes a fines de los años setenta, en un apartamento de Chacaíto que hubiera sido la envidia de William Faulkner: desde una ventana se divisaba el tráfico agitado de un burdel vecino. No era un escenario despreciable para conjurar un puñado de historias que merodean la respiración de la muerte.

Con el tiempo sus amigos descubrirían que esas casualidades perseguían obsesivamente a este seductor incorregible, nacido en Tucumán (1934), quien hacía sentir importante a su interlocutor con el brillo de su inteligencia y las ocurrencias más desatinadas. Dueño de una conversación elocuente, su presencia nunca pasaba desapercibida.

Debo al influjo de mi madre la lectura de sus primeros escritos en una revista que hizo historia en el periodismo latinoamericano de los años sesenta, *Primera Plana*. La aparición de sus iniciales, TEM, era para mí sinónimo de aventura y riesgo. La intensidad y conocimiento con que se acercaba a sus entrevistados; la cantidad de datos que lograba atar en un solo párrafo; la música perfecta con la que abría y cerraba una historia de vida; las iluminaciones que convocaba para explicar un testimonio al borde del abismo; eran atajos para transfigurar el mejor periodismo en obra de arte. Su pluma atrapó la voz entrecortada de los sobrevivientes de la bomba atómica en Hiroshima; la memoria de una anciana rusa cuya mayor desgracia era no poder olvidar; y la herencia mágica que recibió Ray Bradbury de su tía Neva, la dama de las calabazas, quien además lo puso en contacto con el no menos asombroso país de octubre.

Conocí personalmente a Tomás Eloy Martínez en el exilio caraqueño, hacia

“

La intensidad y conocimiento con que se acercaba a sus entrevistados; la cantidad de datos que lograba atar en un solo párrafo; la música perfecta con la que abría y cerraba una historia de vida; las iluminaciones que convocaba para explicar un testimonio al borde del abismo; eran atajos para transfigurar el mejor periodismo en obra de arte.

”

1981, en una casa blanca de Campo Claro, donde había fundado –junto con la periodista Susana Rotker– el reino de todos sus sueños. La felicidad de esos años lucía infinita e irrompible.

La leyenda que lo precedía ya era enorme. Había sido crítico de cine en *La Nación* y asiduo jurado en festivales internacionales (Cannes, Venecia). Y su participación en la gesta periodística que acompañó el nacimiento del boom latinoamericano de literatura brillaba en el continente. Con 46 años ya había escrito una novela (*Sagrado*); una colección de ensayos sobre cine (*La obra de Ayala y Torre Nilsson*); y un reportaje de investigación sobre una masacre en el sur argentino (*La pasión según Trelew*).

En Venezuela hizo demasiadas cosas. Fundó un periódico que renovó el oficio (*El Diario de Caracas*); recorrió el país en una avioneta en busca de jóvenes de todos los rincones para averiguar cómo soñaban



el futuro de Venezuela; dirigió un programa de televisión de alto *rating*; escribió un guión polémico sobre un poeta de Manicuaré y se sumergió en los insomnios de Ramos Sucre; asesoró a dueños y directores de medios; escribió un libro por encargo; y estuvo a un paso de ser expulsado del país por culpa de un brujo brasileño que avizó el fin del mandato presidencial de Luis Herrera Campins antes de lo previsto.

Partió en 1983, para escribir obras de largo aliento: *La novela de Perón* y *Santa Evita*, ficciones que indagaron el karma peronista que aún castiga a Argentina. Fueron años trepidantes: fundó otro periódico en Guadalajara (*Siglo XXI*); dio clases de literatura en Rutgers y de crónica en la Fundación del Nuevo Periodismo Iberoamericano, de la que era miembro de su Consejo de Maestros. Aunque muchos periodistas jóvenes no saben que Tomás Eloy Martínez vivió en Venezuela, dejó una huella.

Sergio Dahbar

Aníbal Ford, el baqueano de un territorio mestizo

Fue uno de los intelectuales más inquietos, inclasificables, activos y destacados de la Argentina. Responsable de colecciones y fascículos sobre infinidad de temas –todos vinculados a la cultura popular y a las expresiones artísticas marginales–, que marcaron a fuego a toda una generación de comunicadores latinoamericanos desde los años 1980. Fue escritor, periodista y teórico de la comunicación, y uno de los principales investigadores de la comunicación en la Argentina y con resonancia en América Latina.

Aníbal Horacio Ford Von Halle nació en Buenos Aires el 13 de septiembre de 1934 y falleció también en Buenos Aires el 6 de noviembre de 2009 a los 75 años.

En la década de 1950 estudió Medicina en la Universidad de Buenos Aires, pero la abandonó y comenzó a estudiar Letras. Obtuvo su licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras en 1961. Su interés por la *sociedad de masas* lo acercó a Jaime Rest, su maestro, y a los estudios culturales. Integró los equipos de Eudeba (hasta 1966) y del Centro Editor de América Latina (hasta 1969).

Preso durante la dictadura de Onganía, se dedicó luego a varios oficios mientras publicaba en *La Opinión Cultural*. Más tarde fue profesor titular de Introducción a la Literatura en Filosofía y Letras, redactor del diario *Noticias* y jefe de redacción de la revista *Crisis*, dirigida por el uruguayo Eduardo Galeano, en la que trabajó desde 1974, y columnista en *La Opinión*, *El Porteño* y *Página/12*.

Cuando *Crisis* fue cerrada por el proceso militar, y fueron exiliados muchos de sus compañeros, dejó de publicar. Entre 1974 y 1988 abandonó toda vinculación con la academia.

Militante peronista desde su juventud hasta 1989, fue preso durante la dictadura de Onganía. Su adscripción al peronismo terminó con el gobierno de Menem, cuando rompió el carnet. “Hace muchísimos años que no soy peronista. No sé qué es el peronismo, no me interesa. Me interesa América Latina”, decía cuando le preguntaban sobre Kirchner.

En 1988 fue el primer director de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires y director de la maestría en Comunicación y Cultura. Fue profesor titular de la cátedra de

Teorías sobre el Periodismo en la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad. Abrió el campo de los estudios de Comunicación y Cultura en la Argentina y en América Latina.

Hizo una revisión integral del saber cristalizado de la academia y abrió el campo de estudio hacia problemáticas surgidas en otros ámbitos. Entre esos otros ámbitos, el de la acción política y editorial marcaron el núcleo duro de sus investigaciones.

Su labor fue fundante en el campo de la recepción y de la cultura en América Latina.

Sus conocimientos los volcó con entusiasmo y pasión en las aulas.

Fue uno de los teóricos que más profundizó en el análisis de las nuevas tecnologías. “Yo no soy un especialista en nuevas tecnologías, sino en los problemas culturales que ellas generan”, aclaraba en una de sus entrevistas.

Ford fue un gran investigador en semiótica, literatura y comunicación. Eso le permitió escribir ensayos que proliferaron en las distintas facultades de Comunicación.

Se definía a sí mismo como “una especie de humanista renacentista”. “Todo me interesa, y todo lo que he hecho me ha gustado hacerlo, hasta mi trabajo en una fábrica de químicos durante el Proceso”. En un reportaje arriesgó otra definición ajustada: “Muchos dicen que soy populista de vanguardia. Yo me considero un explorador de la literatura y de la cultura, pero también me río de ésta mi propia exploración”.

Sentía gran pasión por los viajes, los ríos y la pesca; pero también una pasión especial por la investigación más allá de límites disciplinarios y de género.

Viajero incansable, solía contar en clases sus viajes al Faro del Fin del Mundo: no por casualidad uno de sus libros más gastados por los estudiantes lleva el título de *Navegaciones*.

No dudó en volver a remontar las arremolinadas aguas del Santa Cruz, que bajan de la cordillera de los Andes. Típico de Ford, esto de andar contracorriente...

En cuanto a los relatos de Ford, se inscriben en lo mejor de la tradición cuentística argentina y latinoamericana. “Tal vez cada cuento... es una especie de autobiografía profunda”, dice en “Haiku”.

Su extensa obra cruza la ficción, el ensayo y las investigaciones.

De su extensa producción se pueden citar *La marca de la bestia* y *Treinta años después* en el campo de los ensayos y las investigaciones; y *Oxidación*, en el de la ficción.

Lamentaba haber dejado de lado, en ciertos momentos de su vida, su producción ficcional, el campo específico de la literatura: “Me tragó mucho esto de jugar en el campo de las ciencias sociales, de disfrazarme de comunicólogo”, decía.

Dirigió, también, en la Editorial Norma la *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*.

Junto a otros investigadores, como Eduardo Romano y Jorge Rivera, Aníbal Ford formó un potente grupo de pensamiento sobre la cultura nacional y popular, que derivó en varias obras basilares para el estudio de la comunicación popular en Argentina.

Aníbal Ford forma parte de un mapa que parte de Arturo Jauretche y Jaime Rest (sus grandes maestros en la sociología de lo popular y la literatura de masas respectivamente), cruza un territorio mestizo junto a colegas como los ya mencionados Eduardo Romano y Jorge Rivera, y se expande por el resto de América Latina, teniendo como interlocutores a Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero o Renato Ortiz. Entre todos ellos fueron moldeando el *paradigma latinoamericano* de la comunicación, una forma de ver los procesos de intercambio cultural desde lo mestizo, las mediaciones y los intercambios fronterizos.

Fue miembro de los consejos editoriales de instituciones de América Latina como Felafacs (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social), Alaicc (Asociación Latinoamericana de Investigadores de Comunicación y Cultura) e Ininco (Instituto de Investigaciones en Comunicación de la Universidad Central de Venezuela).

En 2008 creó y dirigió la revista digital *Alambre*, en la que publican destacados intelectuales de la comunicación y la cultura, como Renato Ortiz y Néstor García Canclini.